

bajos domésticos. En las actas de los mártires sobresalen las mujeres como «signo de integridad y entereza ante la prueba».

– Para desarrollar el culto, supieron adaptar la basílica, que era el edificio con menos alusiones idolátricas y cuya amplitud resultaba favorable. La evolución de edificaciones destinadas al culto cristiano se hizo sin fracturas bruscas, protegiendo la fe incipiente de los primeros fieles. Las reuniones del domingo (fracción del pan), eran de madrugada porque, después, había que marchar a trabajar; se tenían en las *domus ecclesiae*: habitación (casa de una familia) al servicio de la comunidad. La casa era como una «célula básica», que surgió naturalmente: unos conocían a otros, quienes a su vez llevaban a otros...; aquí se celebraban los diversos actos de culto (oración comunitaria, ágape, administración de sacramentos) y se alojaba a los peregrinos, tareas en las que las mujeres eran imprescindibles. La sencillez de los actos de culto atraería a muchos.

– El ejemplo de una vida imitable, sin nada extraordinario, sino el comportamiento moral y la atención al prójimo, era básico para su proselitismo; su principal arma: la conversación, aprovechando la ocasión, en medio de lo más corriente de la vida ordinaria. La actividad misionera

surgió como iniciativa privada, rara vez procedió de la jerarquía. Lo más duro fue conseguir que los paganos aceptaran la resurrección. Era novedoso destacar que Cristo es la Verdad, que comporta una liberación de la fatalidad y el pecado; y que la santidad es algo interior, no de rituales.

– En cuanto a la catequesis: las primeras enseñanzas se daban en las mismas escuelas en que estaban con los otros niños; después había una como escuela complementaria o catequesis, cargada de contenidos cristianos a través de *símbolos*: el pez (el cristiano), el ancla (la cruz), la barca (la Iglesia), el *ogdoade*, que era un modo de contar con los dedos de la mano derecha (= el «8»): el día octavo: resurrección, vida eterna. Había una catequesis diferente para adultos.

– Se sirvieron de los *collegia* o agrupaciones para llevar una vida marcada por la fraternidad. Se desarrolló la correspondencia epistolar; se llamaban entre sí *hermanos*; como saludo: «paz a vosotros». Al principio había dependencia muy personal de alguno de los Apóstoles, pero poco a poco se impuso lo territorial: comunidad – ciudad – metrópoli – Roma, que era cabeza del Imperio y de la Iglesia.

José Ignacio ZULOAGA

Juan Antonio GIL-TAMAYO y José Manuel FIDALGO, *Patrología*, Pamplona: Eunsa («Manuales ISCR», 24), Pamplona, 2019, 240 pp., 17 x 24, ISBN 978-84-313-3353-9.

La colección de manuales del Instituto Superior de Ciencias Religiosas de la Universidad de Navarra se engrosa con este texto dedicado a cubrir la asignatura sobre la vida y la obra de los Padres de la Iglesia. Su autor principal, Juan Antonio Gil-Tamayo, profesor del Departamento de

Teología Histórica de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra, falleció el pasado 9 de marzo, estando el libro apenas impreso. José Manuel Fidalgo, además de co-autor de este manual, es codirector de la colección. Gil-Tamayo era especialista en patrología latina. Entre sus

diversas publicaciones se encuentra la edición de las obras completas de San Cipriano, en dos volúmenes (BAC, 2013 y 2016).

El manual consta de doce temas: uno introductorio, dedicado a las cuestiones generales sobre la Patrología (definición, lengua, periodos, etc.), y otros once distribuidos en tres grandes partes. La primera de ellas está dedicada a la época pre-nicena. El tema 2 trata de los Padres apostólicos: Didajé, san Clemente de Roma, san Ignacio de Antioquía, san Policarpo de Esmirna, Papías de Hierápolis, Hermas y otros escritos anónimos y apócrifos, más las Actas de los Mártires. Como se hace en todos los capítulos, después de una pequeña introducción general, se habla de la vida y las obras de cada autor y, en los casos de mayor relevancia, se dedica un epígrafe a su doctrina teológica. Las páginas están salteadas de cuadros con textos selectos de cada autor. Cada tema contiene, al final, un vocabulario, una guía de estudio, y otras lecturas escogidas. El tema 3 está dedicado a los apologistas del siglo II, especialmente san Justino. El tema 3, a la lucha contra las herejías, dedicando particular espacio a san Ireneo de Lyon. El tema 4, a los escritores orientales del siglo III: Clemente de Alejandría y Orígenes. El tema 5, a los escritores occidentales del siglo III: Tertuliano, san Cipriano y san Hipólito de Roma. En estos temas se dedican epígrafes específicos al nacimiento de la apologética cristiana y a dibujar un cuadro general de la literatura antihérética.

El siguiente grupo de temas está dedicado a los Padres desde el Concilio de Nicea (año 325) hasta el Concilio de Calcedonia (año 451). Se trata de la edad de oro de la patrística, en la que se da un extraordinario desarrollo teológico en un contexto de gran vitalidad de la Iglesia y, al mismo

tiempo, de numerosas controversias. El tema 7, en concreto, habla del arrianismo y, en ese contexto, inserta la figura y el pensamiento de san Atanasio y de los Padres Capadocios. El tema 8 estudia otros escritores orientales del siglo IV: Eusebio de Cesarea, san Cirilo de Jerusalén y san Juan Crisóstomo. El tema 9 introduce la cuestión de las controversias cristológicas (nestorianismo, monofisismo), y en ese contexto habla de san Cirilo de Alejandría y san León Magno. En el tema 10 se estudian algunos escritores latinos del siglo IV: san Hilario de Poitiers, san Ambrosio de Milán y san Jerónimo. Por último, dentro de esta sección, hay un capítulo completo dedicado a san Agustín. El libro acaba con otra parte, de un solo capítulo, donde se habla de la etapa desde el Concilio de Calcedonia (451) hasta el siglo VIII; la atención se centra en san Gregorio Magno y Juan Damasceno.

El libro hace una selección dentro de la materia ingente que cubre. No se puede hablar de todos los autores e, incluso hecha la selección, tampoco se pretende ver exhaustivamente a los autores seleccionados. La idea es dar una visión de conjunto, contextualizar bien corrientes y personas, y ofrecer numerosos textos, breves, con los que ilustrar tanto el estilo como el pensamiento de aquellos de quienes se habla. El estilo es el propio de un manual pensado primeramente para personas que estudian a distancia, muy pedagógico, con divisiones y cuadros que ayudan a la comprensión y memorización. Esto mismo hace que se trate de un libro apto para un público culto general, que busque tener una primera aproximación general sobre el desarrollo del pensamiento teológico en los primeros siglos de la Iglesia.

Juan Luis CABALLERO